

*COBERTURA DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN MÉXICO:  
MÁS ALLÁ DE UN SIMPLE GUARISMO*

MANUEL GIL ANTÓN\*

### INTRODUCCIÓN

Hay quien afirma que hay mentiras leves, grandes y enormes: las estadísticas. Como constatación de la irresponsabilidad del manejo de la información, por parte de los que tienen el poder, vale la frase, pero no como resignación a que siempre será así; porque un país que carece de cifras claras, en muchas dimensiones cruciales de la vida social, tiene puestos los frenos para ser moderno. Está atorado.

Lo decía, y bien, Max Weber: si la modernidad implica el cálculo – hablaba del predominio de la racionalidad instrumental,<sup>1</sup> guiada por el esquema medios-fines, procurando el máximo rendimiento en el diseño o prefiguración de la acción social – hay una fase de esa característica que es necesario compartir, como naciones que intentan ser modernas (zafarse de la tradición y la costumbre de los gobiernos patrimonialistas<sup>2</sup>): son relevantes los elementos que nos permiten calcular (en el sentido que orienta a medir con precisión) la magnitud de los problemas. Para ello, se requiere que las cifras sean confiables y que los indicadores cumplan con las dos condiciones indispensables que se espera de ellos: validez y confiabilidad.

La primera exige que lo que arroja como dato el indicador tenga que ver con lo que se necesita saber; la segunda abona a la confianza en que no se

sesgará la métrica entre un caso y otro. En otras palabras, que los indicadores sean inteligentes y bien contruidos, y que tiendan a ser invariantes en su capacidad de operar como parámetros en distintos momentos y circunstancias.

### LA NETA NO ES LA BRUTA

En México, pese a continuas críticas, se confunde con toda intención la tasa neta de cobertura (TNC) con su pariente, la tasa bruta de cobertura (TBC) de la educación superior. El procedimiento “erróneo” pero muy útil para la demagogia, es hacer del cociente de toda la matrícula sobre el grupo de edad entre los 19 y los 23 años, la proporción de ese grupo que asiste a la Universidad y otras modalidades de educación superior<sup>3</sup>. Si fuese error sería de párvulos, pues se están uniendo peras con manzanas: la matrícula (pera) está compuesta por un conjunto de personas cuya edad oscila entre los 18 y hasta los 27 años, al menos. Luego de los 27 años, los que forman parte de los estudiantes activos de pregrado son muy pocos. Al compararse con el grupo de edad 19 a 23 (manzana) y predicar que la proporción que signifique el total de la matrícula – que rebasa a los 23 y cuenta con algunos miles con 18 años – al dividirla entre ese grupo de edad bien determinado es la proporción de muchachos que estudian es una mentira sencilla y llana.

\* Licenciado en Filosofía por la Universidad Iberoamericana (México, 1982), maestro en Ciencias Sociales/Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (1986) y doctor en Ciencias, con especialidad en Metodología y Teoría de la Ciencia por el Centro de Investigaciones y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (México, 1995). Es docente e investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, así como del Colegio de México en el Centro de Estudios sociológicos. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel II y miembro regular de la Academia Mexicana de Ciencias.

<sup>1</sup> No hay que olvidar que Weber enuncia como característica de la dominación racional legal, la orientación instrumental – dicho en otra clave teórica – como una tendencia dominante, pero que bien sabe que toda acción social es una mezcla de orientaciones: no es nunca pura, pues la racionalidad instrumental descansa en o se mezcla con una constelación de valores, que remiten a orientaciones de sentido tradicional y afectivo.

<sup>2</sup> Es común en México hablar de una anécdota que, si no es cierta, sería buena como verdad: “¿Qué horas son? ¡Las que usted diga, Señor Presidente!” Antes, durante y ahora, luego de la alternancia política, esta situación permanece intacta. Y daña.

<sup>3</sup> Esto es, que está inscrita en alguna de las diversas modalidades de educación terciaria, que para comodidad se sintetiza en la noción de instituciones de educación superior (IES), ya sean universitarias, tecnológicas, de dos años, con posgrado o sin él, públicas o privadas: todas las formas de estudio posteriores a la educación media que conduzcan a un grado.

Se podría decir que el total de la matrícula equivale a un equis por ciento del grupo de edad empleado como parámetro: es eso, internacionalmente, la TB; pero si no es así, sino que se dice: a pesar de ser peras, son manzanas, hay un problema.

En números redondos, la matrícula total de la educación superior de pregrado en México, tomando en cuenta la escolarizada y la no escolarizada y mixta, consta de 3 millones de individuos; el grupo de edad comprendido entre los 19 y 23 años es de 10 millones. Ergo, los funcionarios del Gobierno en materia educativa, afirman que la tasa de cobertura es del 30%, es decir, que 3 de cada 10 muchachos de ese grupo de edad está incluido en la educación superior. Falso de toda falsedad.

Confunden, con toda mala fe, la bruta con la neta. Si se recorta a la matrícula para dejar solamente la parte de ella que se ubica entre los 19 y 23 años de edad, y se compara, entonces sí, con su referente poblacional adecuado, la tasa de cobertura en ese grupo de edad es un poco más del 20%. En un caso se ofrece la TBC como TNC y es un engaño: no es lo mismo que tres de cada diez jóvenes en edad normativa de estudiar el nivel terciario lo haga, a que nada más sean dos. Este recurso demagógico lleva décadas en el país con carta de ciudadanía o como moneda de curso legal para todos los tipos de gobierno.

Pero si se requiere saber, en efecto, la tasa neta como indicador de inclusión social pertinente, en términos de regularidad en los estudios, y para observar las mermas en niveles previos y pensar, sin engañarnos, la situación de los jóvenes mexicanos, es necesario, a contracorriente, hacer mucho trabajo para despejar la cifra correcta.

El escritor de este ensayo fue llamado a cuentas por el encargado de la educación superior en el país, molesto porque en el diario El Universal de México,<sup>4</sup> había reportado la engañifa. No asistió por ser llamado a cuentas, dado que no es autoridad sobre la capacidad de pensar y hacer cálculos sencillos, pero bien hechos, sino por el ánimo de discutir el tema en su terreno: la oficina del imponente edificio que alberga a la Secretaría de Educación Pública.

“- Mire profesor (Manuel Gil Antón): sus cifras están mal.

- Perdone usted señor, pero son las cifras que reporta su oficina.

- Le aseguro que no...

- Hagámoslas juntos...

(Paréntesis para ver a dos señores, uno canoso y medio calvo, y otro calvo y escasamente canoso, ambos aferrados a sus computadoras, agrupar a la matrícula por edad con base en el formato oficial...)

- Pues sí, profesor, las cuentas son las que usted dice.

- Ya ve señor, me esmero en mi trabajo.

- Ya sé cuál es su problema, Manuel...

- ¿Cuál?”

Es que usted le da mucho crédito a la información oficial.

Se dice en el béisbol que contra la base por bolas – cuatro bolas malas – no hay defensa. El bateador llegara a “primera” sin remedio, sin poder sacarlo. Ante confesión de parte, relevo de pruebas: si las cifras oficiales sirven para cuando el Gobierno hace propaganda de sus logros – falsos –, pero no cuando empleando las mismas se hace una crítica, no se enfrenta un problema técnico: se trata de un asunto de poder. Y puede el que puede.

Rematemos esta parte del ensayo: si las tasas de cobertura son indicadores de inclusión social en tanto que ofrecen a los jóvenes espacios de socialización en que se construyen expectativas y se pueden generar formaciones críticas, entonces “arreglar”<sup>5</sup> los datos para que parezca que hay más de los que hay, significa poner por encima del cálculo adecuado del reto social en materia de educación superior, los intereses del grupo gobernante.

Ganar la batalla por la precisión en las cifras no es trivial. Tampoco fácil; pero necesaria. El tema de la cobertura no es un guarismo al que se le adjunta el signo de porcentaje. Ha de indicar cómo está, en ese tema, el proceso de inclusión de los jóvenes en los espacios de desarrollo de la sociedad, o bien, la magnitud de los excluidos de un bien social apreciable todavía.

Pese a la información oficial, la tasa de exclusión de los jóvenes mexicanos es enorme, y esto se puede mostrar con las cifras oficiales o incluso con

<sup>4</sup> El artículo que molestó al funcionario se puede consultar en El Universal, <http://www.eluniversal.com.mx/editoriales/48784.html>

<sup>5</sup> En México, se emplea un verbo y su conjugación en un sentido nuevo al tradicional: cucharear. Remite a la modificación arbitraria de las cifras en la información oficial o en una investigación, con tal que el dato se ajuste a lo que quiere el funcionario o la hipótesis del investigador. En este caso, ellos “cucharean” las cifras.

el muy reciente dato de la Ocede<sup>6</sup>, a la que no se le puede acusar de ser políticamente incorrecta: en el país, más de 7 millones de personas, entre los 15 y los 29 años, no estudian y tampoco tienen un trabajo decente.<sup>7</sup> La mayoría son mujeres.

El Gobierno dice que eso es falso, que son amas de casa. ¿Cómo se distingue a la ama de casa, de una “presa en la casa”, ya sea la propia por uniones tempranas, o en la de origen cuidando viejos y niños, o en la de los suegros en labores de avituallamiento de lo necesario para la familia extensa?

De 15 a 19 años se ha de estudiar la etapa previa a la Universidad. Se sea mujer u hombre, es la edad normativa, incluso teniendo ya hijos ¿Por qué no se va a la escuela? En parte, porque no hay sitio o condiciones económicas o académicas, pero, en la mayoría de los casos, porque ya se abandonó ese sendero – el educativo – en ciclos previos: no hay certificado necesario para siquiera aspirar. No hay las condiciones de escolarización previas para tocar la puerta.

Los millones, más o menos, no importan tanto como el hecho de ir al desbarrancadero social: una sociedad moderna es tan sólida como sea firme su sistema de expectativas compartidas de progreso por acreditado. Se cumplan o no a cabalidad, el problema es muy distinto, y menor, a cuando el aparato de mecanismos de esperanza se erosiona e incluso se derrumba: eso indigna, deprime, genera vacío e indolencia.

Más allá de un simple guarismo dice el subtítulo del ensayo. Se ha expuesto una primera faceta que refuta el valor del simple dato; la segunda será el ensayo del papel que ha jugado, en la cobertura

de la educación superior, la inversión o actividad educativa de los particulares. Lo que se llama, en general, la educación privada, que no es comprensible sin la acción (y cambio) correspondiente de la lógica estatal en la materia.

## DE OLAS SIN MAR Y GOBIERNOS MANIRROTOS

Daniel Levy (1986)<sup>8</sup> propuso una tipología para ordenar, en distintos países de Latinoamérica el surgimiento y desarrollo de la educación superior privada. Esas fases, que varían de país en país en cuanto al tiempo, pero casi se mantienen constantes en cuanto al carácter consecutivo de su aparición, son tres, y les llamó olas del proceso privatizador. Conviene retomar la lógica de cada una de ellas.

La primera ola ocurre – en el caso de México es muy claro – cuando un cierto grupo de la sociedad no está de acuerdo con las modificaciones constitucionales que hacen obligatorio que la educación básica en el país sea, además de laica, obligatoria y gratuita, socialista. Por razones ideológicas, y ciertamente apoyadas por distintas órdenes religiosas, se crean las primeras Universidades privadas, intentando poner a salvo a los jóvenes de los grupos inconformes de la perniciosa – y ciertamente autoritaria y absurda – modificación legal. La reacción defensiva ante la reforma constitucional genera espacios que hoy persisten, ya sin esa condición legal como referente.

La segunda obedece a un resultado no esperado de la masificación (relativa) de la educación terciaria: si la Universidad tradicional fue ocupada por una élite que tenía gran correspondencia con los sectores más favorecidos de la población, la llegada a partir de los años sesenta, pero sobre todo en los años setenta, de nuevos integrantes de sectores sociales antes excluidos, y por millares, generó un proceso en los plebeyos accedían a lo antes reservado a minorías, al sitio exclusivo de la reproducción de los sectores dirigentes y de profesionales modernos. Si la universidad de élite se masifica “y entra cualquiera”, se produce una ola de fundaciones de universidades privadas que procuran reservar espacios no contaminados por los sectores medios bajos. Son fundaciones de índole más empresarial que

<sup>6</sup> La OCDE, en septiembre, publicó su acostumbrado reporte llamado Panorama de la educación 2011. Se puede consultar algunos comentarios en Educación a Debate, Portal periodístico de la educación mexicana: <http://educacionadebate.org/2011/09/14/74920151/> y en el Diario La Jornada, que brindó información pormenorizada en <http://www.jornada.unam.mx/2011/09/13/sociedad/036n1soc> referida por Pedro Lenin García de León, experto en estadísticas de la organización. El País siguió con atención también los datos, y en la página de la OCDE se encuentra el informe completo.

<sup>7</sup> Se les conoce, en mala hora, como NiNis: ni estudian ni trabajan. Y afirmo que en mala hora porque este término, mediático, transfiere a los sujetos un adjetivo: eres un NINI, como si fuese asunto individual equivalente a ser vago o preferir la molicie y del ocio, y no la resultante de exiguas cuotas de coordenadas sociales disponibles, a través de la educación y el trabajo, en el país.

<sup>8</sup> Levy es uno de los estudiosos de la educación superior en América Latina. No pierde vigencia dado que cuenta con un andamiaje analítico que no se agota en el periodo en que se realizó.

ideológico, aunque no es posible, muchas veces, separar los componentes.

Incluso, varias de las antiguas instituciones privadas confesionales se reconfiguran para abrir espacios escasos – por costosos, no necesariamente mejores en términos educativos ni mucho menos, pero sí en cuanto a la reproducción de relaciones sociales y confluencias de capitales sociales, económicos y culturales – dando continuidad a instituciones que como la Universidad Iberoamericana (Jesuitas), la Universidad La Salle (Maristas), la Universidad Anáhuac (Legionarios de Cristo) y la Panamericana (Opus Dei) optaron por entender que su labor era formar a la elite con sensibilidad social, cosa poco probable debido al capital cultural de sus alumnos. Por otro lado, crecieron y se hicieron importantes en el horizonte educativo nacional universidades o IES derivadas de intereses empresariales por una educación exigente, de calidad, y orientada a las profesiones que les importaba – nunca a la ciencia ni las humanidades, espacios que solo se cultivan en las IES públicas. De este segundo subtipo son el Instituto de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM) y el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) – por poner dos casos relevantes – uno atado e los grupos empresariales del norte del país, y el segundo a empresario de la capital de la república.

La tercera ola, muy interesante que propone Levy, corresponde al momento en que las IES públicas deciden subir su selectividad debido a que no hay espacios suficientes para atender la demanda – por la decisión estatal de no invertir en educación superior pública como antes, al considerarla de mala calidad y concebirla como un gasto (a partir de 1985, con toda claridad ya se da este fenómeno, pero se exagera a partir de los noventa) –, lo cual genera a un enorme grupo de estudiantes, con bachillerato concluido, que no pueden entrar a las IES públicas, pero tampoco tienen recursos para pagar una institución privada de elite. Se produce, entonces, una explosión de negocios educativos – Universidades sin calidad alguna, costosas en términos relativos a los ingresos de las familias de los estudiantes que atienden – pero que sin selectividad dan espacio a los rechazados de las opciones públicas prestigiadas que no cuenta, a su vez, con recursos para pagar las cantidades que cobran las de elite, ni tienen conocimientos suficientes para entrar a ellas.

En México se les ha dado en llamar “Universidades patito”, pues a los productos que aparentan ser originales, pero son copias sin la calidad co-

rrespondiente, y con la apariencia de serlo. Se les conoce como productos “patito” o piratas. Del mismo modo, estas IES parece serlo, pero en su gran mayoría, en términos de su calidad académica, no lo son: son negocios.

Si de los 3 millones de estudiantes con que cuenta el país en el nivel superior básica, el pregrado, un millón corresponde a las IES privadas, la mayoría de esa cantidad de jóvenes asiste a las Universidades que Levy considera que “cachan”<sup>9</sup> demanda no atendida por las otras dos modalidades. Ya son incluso franquicias muchas de ellas. ¿A qué se debe su crecimiento? Hay una serie de factores:

La demanda es creciente y el sector público decide que ya no hay que aumentar la matrícula en general, como antes, pues la masificación les parece contraria necesariamente a la calidad, pero sobre todo en carreras tradicionales: derecho, administración, contabilidad, medicina. Dado que el país, y su modernización, requieren de técnicos y menos licenciados. No advierten el factor cultural: si todavía en México, siete de cada diez estudiantes universitarios son la primera generación de sus familias – o pueblos – que llegan a la educación superior. Lo que tienen en su imaginario es justamente que sus hijos sean doctores, administradores, médicos, ingenieros, para lograr la movilidad social que se asocia a estas carreras.

El sector público abre opciones de corte técnico de dos años, o con carreras “novedosas” acordes con la futura modernización del país, que no se ocupan en su totalidad, dado que los nuevos estudiantes rechazan esas opciones pues no han llegado tan lejos, en comparación con su saga familiar, para ser, por ejemplo, Técnicos Superiores Universitarios en Refrigeración Industrial.

Las instituciones privadas, para operar, requieren el permiso para operar de parte de la Secretaría de Educación Pública (federal) o las de los Estados, o bien de alguna IES pública. Las instancias gubernamentales otorgan el Reconocimiento de Validez Oficial de los Estudios, conocido por sus siglas: Revoe; y las IES “incorporan” a ciertas instituciones privadas para que puedan operar como tales.

Se trata de un sistema de acreditación, para que los usuarios de esos servicios tengan la seguridad de la calidad de los mismos, dado que los estudios son reconocidos por el Gobierno o las institucio-

<sup>9</sup> Nota del Comité Editorial. Entiéndase como “Capturan”.

nes públicas autónomas.<sup>10</sup> Se supone que descansa en una supervisión exhaustiva de sus instalaciones, calidad del personal académico, infraestructura en cuanto a bibliotecas o cómputo y otra serie de requisitos.

Con el fin de desahogar la presión sobre las IES públicas en las carreras tradicionales, las autoridades gubernamentales e institucionales de las Universidades autónomas, han sido, especialmente las primeras, “manirrota” en la dotación de los Revoe. Las IES de captación de demanda residual (IESCDR)<sup>11</sup> ofrecen carreras como derecho, contabilidad, computación, que son las que buscan los “pioneros” en este nivel de estudios. Dan facilidades de pago, congelan sus cuotas<sup>12</sup> y ganan mucho dinero. Sus fines son de lucro, mientras que varias de las instituciones de elite no: pagan bien, gastan fuerte en infraestructura, pero no son negocios en estricto sentido.

En términos académicos, tanto lo que ofrecen como la validez que las autoridades conceden son un fraude, pero socialmente otorgan a cientos de miles de jóvenes un sitio social: un horario, compañeros, una credencial y la promesa de un futuro empleo. Se encuentran en las ciudades, en cada estación del metro, arriba del negocio de una estética. No importa. Tienen nombres pomposos. Solamente a guisa de ilustración: Universidad Stanford, Campus Temixco<sup>13</sup>; Universidad ICEL<sup>14</sup> o, para explorar

otro orden de cosas, resulta que la *Young Men's Christian Association* (YMCA) que se dedicaba a tener gimnasios y piscinas, un día amaneció con un letrero en que se decía “Universidad” y ofrecía una carrera para ser abogado.<sup>15</sup>

Todo esto ocurrió con el beneplácito de las autoridades educativas. En una ocasión, otro alto funcionario de la SEP exclamó frente a las críticas por este modo irresponsable de otorgar patentes a comerciantes que supieron olfatear el gigantesco mercado que se abría al combinarse la decisión estatal de cerrar espacios y la desigualdad social: “si esos muchachos quieren estudiar derecho, que paguen...” Vaya desprecio desde la altura del ladrillo del poder y de la falta de atención a fenómenos culturales complejos, como son las expectativas sociales de clases sociales antes excluidas de la educación superior.

Lo que desvela el interés político del Estado por hacerse a un lado de su responsabilidad social, es que en las instituciones de elite, costosísimas, la matrícula se concentra en derecho, contabilidad, administración, ingenierías blandas (administrativas), computación y las diversas modalidades de diseño ¿No hacen falta abogados en el país? Las clases dominantes no suelen equivocarse en sus cálculos; y las clases medias y bajas tampoco. Hoy en el país es más fácil encontrar trabajo como abogado que capta a su clientela en las afueras de un juzgado, o un contador que lleva los cálculos de impuestos de algunos comercios, que de físico teórico especializado en materiales pesados. Y no se diga el empleo que obtienen los abogados de las instituciones de elite: en los mejores despachos del país.

El Estado fue el principal socio en la generación de este mercado de servicios educativos de bajísima calidad, aunque de *empleabilidad* razonable, o bien, constructores de la noción de haber logrado, por fin, un licenciado en casa. No solo de pan vive el hombre, e incluso el pan llega también por esos certificados que no son valorados en ciertos mercados, pero en otros sí, aunque el pan no sea de la misma calidad. Este circuito, construido a lo largo ya de 25 años, caracteriza a la educación superior de pregrado en México.

<sup>10</sup> Hay ciertas IES privadas que ya no requieren el Revoe ni la incorporación: se les concede el derecho a generar sus programas de estudio, emitir títulos – pero han de ser refrendados por la Dirección General de Profesiones – a cargo de las Secretarías de Educación tanto federal como estatal, con el fin de que sus egresados cuenten con la Cédula Profesional, que en algunas carreras es indispensable para ejercer.

<sup>11</sup> Estas siglas son impronunciables, pero el trabajo de la sociología es entender, explicar o comprender los fenómenos sociales, y no calificarlos: patito es un adjetivo, las IESCDR intentan llamarlas sustantivamente por su función.

<sup>12</sup> Término que refiere a que dejan sin cambios las colegiaturas durante los estudios, como un atractivo “seguro” contra la inflación.

<sup>13</sup> Temixco es un pequeño poblado del Estado de Morelos, que evidentemente no tiene relación alguna con la Universidad norteamericana.

<sup>14</sup> En este caso, antes de ser “universidad”, el ICEL era el Instituto para hacer estudios en cómputo e inglés. Bastó un Revoe a algún programa, para que se convirtiera en universidad, tuviera anuncios espectaculares en las grandes avenidas de la ciudad, e incluso pagara un comercial en el entretiempo de la final del campeonato de primera

división del fútbol: y en ese caso, cada segundo cuesta decenas de miles de pesos... ese es su nivel de ganancias.

<sup>15</sup> Seguramente, luego de nadar, se podía ir en bata a la clase de Derecho Penal.

Poco acceso a las IES federales y estatales clásicas, debido a políticas de contención de la matrícula en programas de estudio tradicionales; a su vez, exámenes de ingreso cuyos resultados favorecen a sectores sociales mejor provistos previamente de los bienes culturales. Hay todo un circuito de alumnos que hacen la educación básica en escuelas privadas de calidad, y luego ingresan a las IES públicas, como la Unam. Este año tuvo 110 mil aspirantes, y aceptó a 12 mil. De ese tamaño es la fractura en las expectativas.

Dificultad de acceso a las IES particulares de prestigio, si no académico (que las hay) al menos en términos de relaciones sociales. Los costos son enormes para los rechazados de las IES públicas tradicionales. Oferta pública ampliada en modalidades de educación superior no clásica. Esto es, Universidades tecnológicas, por ejemplo, que luego de veinte años no logran llenar su demanda potencial, dado que los grupos excluidos, por razones culturales y también por “votar” con los pies (esto es, al dirigirse a las escuelas de captación de demanda residual otean mejor el futuro que los funcionarios a la espera de una país moderno, ávido de técnicos...) prefieren desplazarse.

El enorme conjunto – más de 800 instituciones de captación de demanda residual con ausencia de calidad – que ofrecen los programas que quieren cursar, y para cerrar la pinza, ostentan el reconocimiento de la validez oficial de los estudios: es el Estado el que avala la calidad de lo que ahí se imparte.

### LA DEBILIDAD DEL GUARISMO

Al inicio se postuló que más allá del número expresado en porcentajes de la cobertura a la educación superior, subyace un asunto muy serio de inclusión o exclusión de los caminos de llegada a la pertenencia social con coordenadas decentes. Se mostró que el 30% que presumirá la presente administración el siguiente año es falso: no indica inclusión social, ni mide bien la cobertura de la escolarización. Luego que buena parte de este nivel de cobertura ha logrado, distribuyendo, a granel, Reconocimientos de Validez de los Estudios a pequeñas tiendas de certificados.

Ya ocurre, y es motivo de una indagación que varios colegas realizan el surgimiento de una sub/ola 3 (sic). Entre las IES privadas de elite y las que captan demanda residual, va creciendo un sector in-

termedio, de calidad razonable y costos bajos dada la economía de escala que significa el paso de las “tiendas de barrio” escolares, a las cadenas de diplomas rápidos o tiendas estandarizadas por una filiación que va despojando de su clientela a los antiguos usuarios de las llamadas escuelas “patito”. Y la influencia de empresas transnacionales en este campo no es menor. Hay cadenas de instituciones mexicanas privadas, de calidad intermedia, ligadas a consorcios educativos norteamericanos muy poderosos económicamente.

La cobertura de la educación superior será algo más que un guarismo cuando:

En efecto, garantice que en cualquier IES hay certidumbre de calidad en el acceso al saber, a la técnica del más alto nivel, cuando sea el caso, a la formación crítica y al contacto con el conocimiento. Mientras sea acceso a un pupitre, no rebasará al indicador de un informe presidencial vacío.

Hay que contar en el país con una instancia independiente que certifique o acredite a todas las instituciones, no sólo a las del mercado de captación de demanda residual, pues hay espacios en las públicas que no deberían seguir funcionando como lo hacen. Lo mismo ocurre en las IES privadas de elite. De esta manera, el capital social que de ello se derive es sólido y puede ser parte de los medios de producción en la economía, y de los medios de transformación en la política y la cultura.

Regrese, de una manera no populista, el concebir a la educación superior como una inversión y de gran calado; ya no un gasto. Urge. No es sencillo lograrlo, solo imprescindible, dado que, de no ser así, y aunado a los vergonzosos niveles de desigualdad y pobreza en México, el sistema educativo en todos sus niveles, el superior no se escapa sino que lo agudiza, están dando paso a lo menos moderno – en el mejor sentido que tiene esta palabra – que puede haber: la preeminencia de dos sentencias:

“Más vale tener conocidos que conocimientos” y.

“Origen es destino”.

La viabilidad de una nación con grados de decadencia como futuro factible para sus habitantes es lo que está en juego. Nada más, pero nada menos.

### REFERENCIAS

- Levy, D. I (1986): *Higher Education and the State in Latin America: Private Challenges to Public Dominance*. Chicago: University of Chicago Press.